

tuvieron choques con el aparato eclesiástico español y con Azara (embajador en Roma), al punto de que el decreto que preveía la supresión de la Inquisición (gracias a la acción del Papa Pío VII y su nuncio Casani) no llegó a ser firmado.

Y esos no fueron los únicos enemigos de Carlos IV<sup>o</sup>, igualmente contó con el agrupamiento de los aristócratas en torno al príncipe heredero, lo cual explica que el paso de 28 mil soldados franceses por suelo español hacia Portugal en 1807 y la presencia de 100 mil al norte del Ebro en marzo del año siguiente, no generara, inicialmente, oposición; puesto que Iglesia y Nobleza lo vieron como un apoyo a las aspiraciones del príncipe Fernando contra su padre.

Este trabajo de Juan Manuel Santana Pérez en el Nº. 28 de la revista *Cuadernos del Sur. Historia*, desde luego que no pretende “reivindicar” (el pensamiento anticlerical y antimonárquico es una de las señas más marcadas que definen su actitud ante la vida) al reinado de Carlos IV (si ese fuese el propósito, todo lo alcanzado en el trabajo de la profesionalización del oficio en lo teórico, lo metódico y lo ético, se lo estaría ...“echando a los cochinos”... como suelen decir los canarios palmeros que viven en el venezolano Estado Lara para referirse a la inutilidad de un esfuerzo perdido tras bastante tiempo de empeño por materializarlo y profundizarlo en sus logros); sino acercar el análisis histórico a una dimensión más próxima a la dialéctica de la vida dentro de la que, por estar a nuestra altura de individuos “de a pie”, nos podemos reconocer en la Historia de la que provenimos. Por esto, si en lugar de “liquidar” el período que le correspondió ocupar a Carlos IV como rey, señalándolo como el de un monarca incapaz y “cornudo”... se lo caracteriza como aquél en el que la crisis que se arrastraba se agudizó; sin que en ese tiempo ella se produjera, dado que al monarca le correspondió actuar en un ...“juego de equilibrios políticos y sociales entre distintas fuerzas”... (p. 287) y que fueron ...“años de desastre y desilusión”... (Idem.); tampoco se está alcanzando la inalcanzable “*verdad histórica*”; pero si

nos sentimos más “cerca” de ella, porque nos muestra un panorama más allegado (o al menos “más palpable”) al que nos ha tocado vivir: siempre doblegado a un “juego de equilibrios” y preñado de “desilusión”...

**2. SOLANGE, ALBERRO; LUQUE AGRAZ, ELIN; BELTRÁN, MICHELE Y OLIMÓN NOLASCO, MANUEL. *Retablos y exvotos, México: Museo Franz Mayer, Artes de México (Colección Uso y estilo, Nº 8), 2000, 84 págs.\****

Francisco Franco\*\*

Un tema que provoca numerosas preguntas acerca de lo religioso en Latinoamérica es el culto a las figuras intermediarias del llamado catolicismo popular: los “muertos o ánimas milagrosas”, los santos, las vírgenes y las distintas invocaciones de Cristo. Este culto popular generalmente se aleja de los dogmas, de la moral, de las disposiciones eclesiásticas y el control del clero católico. Entre devotos y estas “deidades” se establece una relación recíproca e íntima, un intercambio donde el espacio sagrado y el profano o terrenal están siempre en contacto permanente; “...en la que cada una de las partes se ve obligada a cumplir, en una economía cosmogónica que engloba, como en la Antigüedad y en el mundo prehispánico, lo terrenal y lo sobrenatural.” (Solange Alberro, p. 28).

\* NOTA DEL COMITÉ DE REDACCIÓN: esta reseña tiene data de realización en marzo de 1999, mes al final del cual fue presentada a **Presente y Pasado. Revista de Historia**, cuyo COMITÉ DE ARBITRAJE aprobó su publicación en Junio del mismo año.

\*\* Licenciado en Historia (U.L.A.: 1983). Magister Scientiae en Etnología, Mención Etnohistoria.

Una manera de consagrar este “pacto” religioso es a través de los “exvotos”, palabra latina que designa a un objeto ofrecido a la divinidad por una persona en correspondencia con una promesa o con un favor recibido. Es un “acto de devoción personal” (Luque A., Elin y Beltrán. Michele, p. 39) y, a la vez, un acto público, realizado para ser visto por los demás, para ofrecer testimonio de la intervención o ayuda “sobrenatural” de Cristo, la Virgen o algún santo. Cuando el creyente está en peligro de muerte (por un accidente, una enfermedad, etc.) o simplemente cuando siente que necesita algún tipo de ayuda “divina” (para lograr realizar un matrimonio, por ejemplo) suplica a su entidad protectora, para que lo socorra; luego de que se le concede el favor o el milagro el creyente ofrece a la “deidad” un exvoto, el cual puede ser una oración, una misa, velas, incluso comida, “retablos” y otros objetos diversos

Un tipo peculiar de exvoto son los retablos mexicanos, presentados y estudiados en el libro colectivo que venimos citando: **Retablos y exvotos** (2000). El aporte fundamental de este texto es la presentación detallada, hermosa e impecable (en una edición prácticamente de lujo) de las imágenes representadas en aquellos objetos votivos. Contiene, además, tres trabajos que explican y contextualizan este fenómeno: *Retablos y religiosidad en el México del siglo XIX* de Solange Alberro; *Imágenes poderosas: exvotos mexicanos* de Elin Luque A. y Michele Beltrán; *Luces en el desierto: predicación de las órdenes religiosas y arte del retablo mexicano* de Manuel Olimón Nolasco. Este libro, a través de los exvotos, y particularmente del retablo mexicano, nos acerca al discurso de los milagros y al intercambio entre el hombre y la divinidad. Nos ofrece un tipo de fuente muy peculiar y a la vez muy rica para estudiar en qué creía y cómo “vivía” lo religioso el hombre mexicano del siglo XIX y parte del XX; también nos ayuda a conocer acerca de la intercesión de los santos, vírgenes y figuras celestiales católicas en la vida cotidiana del mexicano de aquellas épocas.

Originalmente la palabra “retablo” (que se deriva del latín “RETRA-TABLA, atrás del altar”) se refería a las pinturas decorativas o didácticas-religiosas que se colocaban detrás del altar en las iglesias medievales. Más tarde, el vocablo denominará a las cajas de reliquias

puestas en el mismo sitio y, desde el siglo XII, a los paneles pintados. Aunque de origen europeo, los retablos alcanzarán en México gran peculiaridad; hoy retablo “...define a las imágenes devocionales del siglo XIX que, pintadas en lámina, representa a Cristo, la Virgen y los santos, aunque existen algunos realizados sobre madera...” (Luque y Beltrán, p. 35).

Los retablos eran encargados a pintores y artesanos populares, la mayoría de ellos anónimos. Representaban a través de imágenes el suceso que provocaba la petición de intercesión de aquellas entidades divinas. Tradicionalmente se caracterizaban por tres elementos básicos: 1) la imagen del “poderoso intercesor”, siempre ubicada en la parte superior del retablo, flotando, ajeno a la gravedad, acentuando su condición divina y celestial; 2) en la parte media, se ilustra el suceso terrenal que le acontece al donador del exvoto; 3) en la parte inferior, se coloca el “cartel” que cuenta por segunda vez el hecho de la intercesión de la figura celestial (p. 43).

Los retablos mexicanos decimonónicos aluden a una sociedad profundamente religiosa pero alejada de la oficialidad y del dogma católico; la manera de manifestar lo religioso en estos objetos no corresponde con los cánones morales cristianos. En este punto los autores del libro sostienen posiciones encontradas. Solange Alberro señala que “... los santos, Cristo y la Virgen María participan tanto de la naturaleza humana como la divina e intervienen para proteger, curar y eventualmente resucitar, pero nunca juzgan, corrigen ni castigan a los pobres humanos que los imploran...” (p. 27). Por su parte, Luque y Beltrán acentúan más bien el “compromiso”, el contrato que se establece entre el devoto y la divinidad, apuntando hacia un sentido moral de estas ofrendas: “... la relación no es sólo material, pues quien es favorecido por el milagro se compromete moralmente...” (p. 43). Sin embargo, pensamos que el compromiso de hacer el retablo a la figura divina protectora o intercesora no estaba determinada por el comportamiento moral que el devoto debía seguir sino por la actuación pública de elaborar un objeto que contase el hecho milagroso; es decir, elaborar un testimonio público de la hazaña divina, de contar el relato, que a veces ni siquiera aludía a temas morales. Citamos otra vez a Alberro para contrariar también nosotros a Luque y Beltrán:

*“...el milagro popular celebrado en el retablo consiste, ante todo, en salvaguardar o restablecer la integridad física o los bienes materiales del devoto agradecido. En él, muy pocas veces encontramos una acción de gracias por el hecho de haber resistido una tentación —salvando con ello el alma— o por haber logrado una ‘buena muerte’ al recibir el consuelo de los sacramentos en los últimos instantes. Lejos de atañer a la vida eterna y a lo trascendente, el milagro popular contribuye a hacer llevadera la existencia terrenal, a veces en sus dimensiones más triviales. La presencia inmanente, cotidiana y existencial de lo sobrenatural, manifestada a través de la intervención de la fatalidad, el Mal y luego de los santos, constituye quizá lo esencial de la experiencia religiosa popular.” (p. 20).*

Los retablos aunque son más o menos estereotipados y cuentan hechos muy particulares e individuales, a veces dan relación de hechos históricos nacionales. La mayoría de estos objetos votivos tocan el tema de la salud, el accidente y la muerte, así como problemas y sufrimientos cotidianos: pérdida y encuentro de un caballo, celebración de un matrimonio, enfermedades, cosas perdidas, etc.

Luque y Beltrán, aunque breves, muestran como el estudio de la imagen misma proporciona elementos para entender estos objetos religiosos. Algunas de sus conclusiones, en este sentido, son las siguientes:

- Hay un uso “no ortodoxo del espacio, del color y la luz” (p. 44)
- Hay una jerarquía dentro de la composición, las figuras celestiales siempre están por encima de los suplicantes, en el aire, como levitando, para acentuar su rasgo celeste, divino.
- Se agrupan elementos heterogéneos en evidente contraposición: lo cotidiano y lo sagrado;
- El texto narra el suceso, aclarándolo, precisando la información que se ve en la imagen o agregando otras.

Según Luque y Beltrán estas y otras características plásticas buscan incorporar al espectador dentro de la escena, para provocar dramatismo en la representación y emoción en los devotos. Los hechos

que cuenta son tan nimios y también exagerados que, fuera del contexto devocional del retablo, podrían parecer ridículos y pocos conmovedores. Es posible que los rasgos propiamente pictóricos y plásticos contribuyeron a hacer los retablos más creíbles. Como decía Vargas Llosa de la novela *Santa Evita* de Tomás Eloy Martínez (1982) —que trata también el tema de una deidad popular y sus milagros—, el autor logra una perfecta “adecuación del continente al contenido”, *“...ha encontrado el preciso matiz de distorsión verbal y estética necesario para referir una peripecia que, aunque congrega todos los excesos del disparate el absurdo, la extravagancia y la estupidez, resuella por todos sus poros una profunda humanidad.”* (“Suplemento Cultural”, *La Nación*, febrero de 1996, Barcelona-España).

El último trabajo, de Manuel Nolasco (*Lucas en el Desierto...*), tal vez el menos interesante, se limita a ofrecer someramente el contexto histórico del culto del Santo Niño de Atocha, de Ramón Nonato y de la Virgen del Refugio en la zona norte de México. Historia la introducción de estas devociones por parte de algunas órdenes religiosas y la importancia de la existencia de una “frontera cultural” para la creación y difusión de estos santos católicos, tanto en España como en México.

